

Lugar de autor

Dysneyworld¹

Rodrigo Urquiola Flores

rodrigourquiolaflares@hotmail.com

—En la vida solo hay dos tipos de días: los malos y los buenos —me dijo mi madre aquella mañana, a eso de las ocho, mientras desayunábamos un par de marraquetas con té, antes de marcharse a trabajar para no retornar sino hasta las diez de la noche—. No hay más. Y hoy va a ser un muy buen día. Lo sé.

Retorné de la escuela a eso de la una de la tarde. Me serví el almuerzo que ella me había dejado: una marraqueta con huevo frito. Hice hervir el agua para servirme una taza de té. No sirvió, el hambre se vio engañada por poco tiempo y luego retornó con más bríos. Me hice un par de tazas de té más. Aquel iba a ser otro día malo, lo supe cuando se acabó el azúcar. Sin dulce era como beber agua y eso no sirve para calmar el vacío del estómago, solo lo incrementa y no consigue disipar el amargor de la boca.

—Hay que estar agradecidos —solía decir también mi madre y yo odiaba cuando hablaba en ese tono que busca reconciliarse con las desventuras que el destino le tiene preparadas a uno, pero nunca le respondía nada—. Otras personas tienen menos cosas que nosotros.

¹ Este cuento fue publicado originalmente en el libro *Ayer el fuego* publicado por la editorial Libros de la Montaña en el año 2022. Los derechos han sido cedidos por el autor.

En esto tenía razón, varios de mis amigos vivían peores jornadas de hambre, que a veces duraban meses enteros, y, aparte de eso, debían soportar maltratos cuyos motivos no sabían explicarse; a veces llegaban a clases con las espaldas marcadas por cinturonzos o con los rostros magullados.

El hambre es como una piedra que crece en el abdomen y que, por su peso, cuando caminas, no solo te lastima la planta de los pies, también la espalda, muy cerca de la nuca. Lo que hacía para olvidarla era agarrar un libro y perderme en sus páginas. En casa solo teníamos dos: una vieja biblia que ya me había aburrido y un atlas de tapas negras que todavía consideraba a la URSS como una sola nación indivisible. Imaginaba que viajaba a países lejanos solo pronunciando sus nombres. Eso llenaba el profundo silencio que cubría nuestro barrio como una gigantesca manta. El paso de unos pocos vehículos levantando polvareda en la loma y los ruidos de los animales siempre se evaporaban pronto.

Cuando caía la noche era peor. Solo había un generador eléctrico para todas las casas. Su potencia era tan limitada que apenas funcionaba la radio y la bombilla eléctrica iluminaba con el mismo fulgor de una vela el pequeño cuarto de adobes en el que vivíamos. Me metía en la cama, ocultaba mi rostro bajo las frazadas.

Distraía el dolor que se incrustaba en los pensamientos imaginando: estaba en el trabajo de mi abuela, no me faltaba nada. Había calor y comida abundante, deliciosa, un televisor que no se apagaba a las siete de la noche, una alfombra donde se podía apoyar los pies sin sentir la violencia natural del suelo. Pronto, me quedaba dormido. En mis sueños infantiles aquella era nuestra casa y todos los días eran buenos. Pero despertaba. Cuando llegaba mi madre todos

los perros del barrio se ponían a ladrar, y, como aquel había sido un día malo, uno en el que todavía no le habían pagado el sueldo, siempre le pagaban con una tardanza de quince días en la tienda de ropa en que trabajaba, la cena no habría de ser distinta: una marraqueta sopada en té sin azúcar.

—¿Ves, hijo? —me dijo mi abuela Viviana en la profunda oscuridad de aquel pequeño cuarto en el que dormíamos cada noche—. Nosotros hemos tenido suerte. Mis jefes son buenas personas. Siempre me pagan mi sueldo el primer día de cada mes y no se atajan de la comida, nos invitan. A otras empleadas hasta les miden el azúcar y duermen sobre cartones en el suelo de la cocina. A mí el señor Irigoyen nunca me ha gritado, la señora Joanne un par de veces nomás, pero a otras empleadas les grita hasta el perro de la casa. Incluso las pegan. Hay patrones que están nadando en dinero, pero que son así, malos. ¿Por qué será? Ellos nomás saben.

Cuando era un niño de siete u ocho años, pasaba las vacaciones escolares en el trabajo de mi abuela. Era cocinera en una gran casa de Los Pinos, la más bella que he conocido jamás. Me impresionaban los cuatro pisos de ladrillo barnizado reluciente y los amplios ventanales de cada habitación, pero lo que más me gustaba era el jardín: una extensión rectangular de césped bien cortado por el jardinero, una hilera de pinos al fondo y, a los costados, distintas flores de diversos colores que atraían a las abejas y a los colibríes. Unas tres tortugas pequeñas que siempre estaban masticando papaya o plátano completaban el ornamento. Por las noches, mi abuela y yo dormíamos juntos en una cama

de una plaza. Ella siempre me hablaba, me contaba sus recuerdos de cuando vivía en el campo o me compartía los pensamientos que se le habían ocurrido en el día. Aquella noche hubo un banquete, fue un día bastante ajetreado en la cocina, pero se sentía feliz:

—¿Te ha gustado lo que has probado? Ese animal con pinzas se llama langosta, hijo, y viene del mar, de Chile.

—Sí, abuelita —decía yo, aunque ya me había olvidado del sabor y apenas recordaba el aspecto horroroso y el mal olor de aquella criatura extraña.

Nunca supe en honor a qué o a quién se había realizado aquella cena, solo me enteré de que estaban presentes invitados muy distinguidos: empresarios, embajadores y hasta ministros. Es que los Irigoyen eran parte de una empresa millonaria que tenía contratos e intereses a niveles gubernamentales y también contaban con inversión extranjera. En algún momento, el señor Irigoyen le ordenó a mi abuela que me sacara de su cuarto, donde me encerraba con juguetes y un pequeño televisor a blanco y negro para que no la importunara mientras trabajaba, y subiera a probar los manjares que se estaban sirviendo en aquella elegante mesa.

—El caballero te llama —me dijo mi abuela. Me lavó la cara antes de que subiera las gradas hacia la cocina. El cuarto de la empleada estaba al mismo nivel del garaje y el comedor de la familia en el piso inmediatamente superior.

El señor Irigoyen conversaba en inglés con un señor de cabellos rubios, ojos verdes y portador de un fino traje negro que concluía en un par de zapatos tan bien lustrados que parecían espejos. Ambos sostenían, en la mano, dos vasos de whisky enfundados en una servilleta.

—Este chico es el nieto de la cocinera —me presentó el señor Irigoyen—. Se sabe de memoria los nombres de todos los países del mundo y sus capitales. Quizás tiene futuro.

—Increíble —dijo aquel señor, sonriendo, y me preguntó—: ¿Capital de Canadá?

—Ottawa —contesté. Él continuó:

—A ver, una más difícil. ¿Capital de Libia?

—Trípoli.

—¡Muy bien! —me felicitó y me desbarató el cabello. Luego, le preguntó al señor Irigoyen, en un mal pronunciado español—: ¿Es él un indio boliviano?

—No —contestó el jefe—, él ha nacido en la ciudad y nuestros empleados son familia para nosotros.

—¿Capital de Mongolia? —insistió el señor.

—Ulan Bator —dije, contento.

El señor Irigoyen le hizo una venia a su amigo como para indicarle que ya volvía para seguir conversando, me tomó de la mano, me llevó hacia el comedor y me mostró los bocadillos que estaban dispuestos en la mesa.

—Vas a probar esto —me dijo—. Quizás nunca más en la vida vuelvas a verlo.

Tomó una cuchara que había allí cerca y embadurnó la punta con algo así como una pasta negra. Me la metió a la boca. Mastiqué un poco. Ese sabor salino y lo pegajoso invadiendo mi lengua no me gustó. Tuve una arcada y boté aquello sobre una servilleta, como me había enseñado mi abuela, y no en un escupitajo al piso, como hubiera hecho de estar en mi barrio.

—¡Eso era caviar! —me dijo el señor Irigoyen, riendo como si le hubieran contado un buen chiste—. ¡Lo traje desde la capital de Rusia!

—¡Moscú! —dije.

Me dio una copa llena de un delicioso budín de chocolate y llamó a mi abuela.

—A tu nieto no le gusta el caviar, Vivi —le dijo, sin dejar de reír—. Dale su cena, ya tiene su postre.

Ella tomó un plato grande y lo llenó de varios bocadillos de los que casi no probé nada más que las alitas y pechugas de pollo y, por curiosidad, la langosta. La esperé en nuestro cuarto hasta que terminara sus labores. El señor Irigoyen era tan buen patrón que incluso ayudaba a lavar los platos cuando había estas cenas con tantos invitados.

—Es que él no ha sido siempre rico —me explicaba mi abuela, mientras intentaba conciliar el sueño—, él sí sabe lo que es venir desde abajo.

Las vacaciones escolares eran los días más felices de mi infancia. Ayudaba a mi abuela en la cocina, iba por mandados a la tienda y hacía de compañero de juegos para los niños de la casa. El señor Irigoyen tenía dos hijos con la señora Joanne: el joven Sebastián y la señorita Lucía. A Sebastián, al igual que su padre, le gustaba hacerme repetir el truco que me sabía delante de sus amigos. Pero le interesaba que repitiera sobre todo una de las capitales africanas. Buscaba en mi atlas porque siempre se olvidaba el nombre de aquel país y me preguntaba:

—¿Capital de Mozambique?

—Maputo —respondía yo. Él y sus amigos reían a carcajadas.

—¿Cómo? No te hemos escuchado bien —insistía—. A ver repetí fuerte.

—¡Maputo! —decía yo en voz más alta y todos volvían a reír—. ¡Maputo!

Me premiaba con un par de trozos de pizza y Coca Cola.

Pasaba más tiempo con Lucía, que tenía mi misma edad. Nos gustaba dar vueltas por el jardín. Montábamos en un carrito con un agarrador muchos de sus juguetes y fingíamos salir de día de campo. Extendíamos una manta sobre el césped y pasábamos allí las tardes. De rato en rato me mandaba a la cocina por frutas, jugos o galletas que compartíamos. Coloreábamos álbumes en inglés que sus padres le habían traído de Estados Unidos de *Pocahontas*, *La bella y la bestia*, *La sirenita*, *El rey león* y otras películas animadas.

—¿Tú tienes sueños? —me preguntó una vez.

—Sí —le dije—. Cuando duermo.

—No —insistió—. Sueños que son de verdad. ¿Sabes cuál es mi más grande sueño?

—No.

Agarró su Etch-A-Sketch y empezó a garabatear algo en esa pantalla. Tras algunos minutos me mostró su sonrisa blanquísima de dientes perfectos y, apartando sus rubios cabellos de la cara, me enseñó lo que había escrito:

DYSNEYWORLD

—¡El sueño de mi vida es ir aquí! ¡Es el reino de la fantasía donde todo lo que es imposible se hace verdad!

—Está mal —le dije.

Me miró sin comprender.

—Está mal escrito —expliqué—. El lugar al que quieres ir no se escribe así.

—Sí está bien escrito —me dijo.

—No. Son dos palabras y aquí debe ir una i en vez de una ye.

—Lo que tú tienes es envidia —me dijo— porque sabes que no vas a ir conmigo. Además, yo estoy en el Calvert, que es el mejor colegio del país. Yo hablo inglés y tú no.

Me sacó la lengua y se llevó todos sus juguetes. Al día siguiente volvimos a encontrarnos en el jardín y jugamos de nuevo. Nunca más me habló del mayor sueño de su vida.

Saber que existían países tan lejanos y ciudades muy distintas a La Paz dio paso a otro descubrimiento que también me fascinó: la existencia, en el mundo, de miles de idiomas; la posibilidad de nombrar una sola cosa de mil maneras diferentes pronunciando palabras que se formaban, a veces, con letras que no eran las que me conocía, pero que eran capaces de provocar sonidos. Era una fascinación similar a cuando estaba en el jardín a solas y me ponía a ver mis propios dedos moviéndose como mi conciencia les ordenaba, entonces la vida me parecía algo, en el fondo, irreal, casi un sueño.

A la hora del almuerzo, los patrones se sentaban en el elegante comedor de la casa y se ponían a conversar en inglés con sus hijos. Los empleados de

la casa –la cocinera, la lavandera, el jardinero, el albañil y yo– comíamos en la mesa de la cocina, al lado del comedor. Mi abuela hablaba con ellos en aymara. Se están contando lo que han hecho en el día, pensaba yo, fue divertido y nunca sabré qué fue, porque escuchaba risas en el comedor de los patrones y también en la cocina, pero era incapaz de entender de qué hablaban.

Tiempo después, cuando ya tenía quince años, me cambié a un colegio cercano a Los Pinos. Le agradecí a la misteriosa providencia esto porque pasé a vivir todos los días, sin importar que fuesen vacaciones o período de clases, con mi abuela, en su trabajo.

Los hijos de la familia Irigoyen ya no jugaban conmigo, apenas nos preguntábamos un par de cosas, cómo estás, y cada quien caminaba hacia el mundo al que pertenecía. Una noche, cuando ya dormíamos en colchones separados, yo en el suelo y ella en la cama, le pedí a la más grande benefactora de mi existencia:

—Abuelita, enseñame aymara.

Ella se aclaró la garganta y me respondió:

—No, hijo, tú vas a hablar inglés. Tienes que ser mejor que yo.

Con mi arribo a aquel nuevo colegio, el René Barrientos de la calle 21 de Calacoto, descubrí una nueva ocupación, el fútbol, que acaso podría ayudarme a ser un mejor conversador, ya que, si bien no era la timidez lo que me silenciaba, me costaba entablar las más simples charlas con las personas que me rodeaban, no sé por qué. No tardé en recordar una antigua ambición que había nacido la primera

vez que fui al estadio para ver un partido del Bolívar y que era común a todos los jóvenes que pateábamos esas viejas pelotas de cuero pesadas en la cancha de tierra de la calle 33 de Cota Cota: convertirme algún día en un futbolista profesional.

En algún partido amistoso que jugamos frente al plantel juvenil de The Strongest, el director técnico rival se fijó en tres jugadores de nuestro equipo, entre ellos yo, y nos ofreció una beca para ir a entrenar, tres días a la semana sobre césped, al Complejo de Achumani. Imposible negarse. El Jhonas Fresco duró un mes becado, yo dos y el Tractor Paucara, que era el segundo capitán del equipo, tres. Terminamos volviendo al equipo asociacionista de nuestro colegio porque nunca llegamos a destacar lo suficiente como para que continuaran ampliando nuestra beca.

En ese tiempo que jugué en The Strongest, me hice de un buen amigo, el arquero del equipo, el Spiderman Moncada, en parte porque ambos éramos los únicos bolivaristas allí y también porque, como yo jugaba de delantero, nos tocaba entrenar juntos a menudo. Él, como la mayoría de quienes estaban inscritos en ese equipo y pagaban sus mensualidades, era un jailón, o sea, venía de una familia rica de la Zona Sur. Una vez, después de un partido amistoso que perdimos ante Litoral sobre todo por un par de errores suyos y malas definiciones mías, nuestros compañeros nos castigaron cumpliendo la amenaza que nos hicieron si no renunciábamos a ser hinchas del Bolívar, o por lo menos accedíamos a quitarnos las manillas celestes que siempre llevábamos en las muñecas, arrojarnos a la fría piscina con ropa y todo.

—¡Al agua los cholis! —nos gritaban, y nosotros, riendo también, respondíamos:

—¡Auriculos cabrones!

Todo era parte de ese juego en el que se construye esa curiosa unión —amistosa, a veces tan agresiva que llega a la violencia de los puños, a veces tan cariñosa que desemboca en fuertes abrazos— entre personas que son parte de un mismo equipo de fútbol.

Salimos del agua con la ropa chorreando. Los cuadernos que llevaba en mi mochila se habían estropeado. Mis calcetines hacían ruido contra mis zapatos cuando caminaba y teníamos la piel de gallina.

—¡Qué hijos de puta! —protestaba el Spiderman Moncada a grandes voces.

Yo no podía dejar de reír.

—¡Esos putos! —lo apoyaba.

—Vamos a cambiarnos a mi casa —me dijo, él vivía a un par de cuadras del Complejo. Avanzamos unos pasos y siguió hablando—: Tenemos la suerte de estar en Bolivia, men. Aquí solo nos insultamos y nos reímos. Una vez fui a la Argentina con mi viejo y allá se agarran a balazos entre hinchas de los equipos que juegan clásicos. En Buenos Aires no puedes caminar con la polera de tu equipo en la calle porque siempre va a haber alguien que quiera joderte, ¿puedes creer?

Tenía una casa bella, no tan grande como la del señor Irigoyen, pero poseía un confortable jardín y tenía un aire de elegancia bastante cuidado. Además, un fino perfume flotaba en el aire, uno muy similar al que sobrevolaba en la casa donde trabajaba mi abuela.

—¡Yolandita! —llamó el Moncada.

Salió la empleada doméstica de su familia. Vestía un uniforme similar al que usaba mi abuela Viviana, pero no era color vino sino rosado claro.

—Joven Daniel —saludó, de la misma manera en que mi abuela saludaba a los hijos del señor Irigoyen.

—Él es el joven Rodrigo. Joven Rodrigo, ella es la Yolandita —nos presentó, con mucha alegría—. ¿Ya está el almuerzo? Servinos pues, mamita.

Nos sacamos las ropas mojadas y las tendimos sobre el césped de su jardín. Me dio una de sus poleras secas y nos pusimos los shorts húmedos. Con los pies descalzos caminando sobre la alfombra, pasamos al comedor de su casa. La Yolandita nos sirvió una deliciosa trucha al horno con arroz y ensalada. Luego de almorzar, el Moncada y yo jugamos Mario Bros. en la sala, ante un televisor grande, casi tanto como el de la casa del señor Irigoyen. Fue una tarde agradable.

—¿Y dónde vives tú? —me preguntó, en algún momento.

Recordé mi casa que, si bien ya no era un cuarto de adobes sino, gracias a un préstamo bancario, dos cuartos de ladrillos que tardaban mucho en construirse, no me enorgullecía para nada. Mentí:

—En Los Pinos.

—Ah, de la puta —me dijo él—. Tengo varios amigos que viven por ahí. A ver cuándo vamos a jugar Mario. O fútbol. ¿Tienes el CD de PES o de Winning Eleven?

En ese momento no entendí de qué me estaba hablando, pero contesté:

—Sí, claro.

Un par de semanas después de aquella agradable tarde de amistad, empezaron las vacaciones de verano. Los Irigoyen cumplieron el sueño quinceañero de la nena y viajaron a Orlando, Florida. No volverían sino hasta dentro de un mes. Mi abuela, en quien tenían depositada una confianza ciega porque había demostrado su honestidad a toda prueba, quedó a cargo del cuidado de la casa. Por las mañanas el jardinero la acompañaba y se marchaba luego de almorzar. El resto de los empleados, aprovechando la ausencia de los patrones, salió de vacaciones. Mis obligaciones no eran otras que acompañar a mi abuela, salir a comprar el pan para el desayuno y el té y llevarle la comida al policía de la cuadra, que pasaba las jornadas en una caseta de madera, velando, con su pistola al cinto, por la seguridad de aquel vecindario de casas hermosas.

Una de esas tardes, luego del entrenamiento en el Complejo de Achumani, me fui a pasear por la calle Montenegro con el Spiderman Moncada. Sus ojos celestes se abrieron al máximo cuando se detuvo frente a la vidriera de las pizzas Eli's.

—Tengo hambre, men —me dijo—. Comeremos aquí.

Yo tenía, en el bolsillo, apenas un par de tristes monedas de un boliviano.

—Me he olvidado la billetera, hermano —mentí.

—No importa, yo te presto.

—No me gusta deber plata.

—¿Y si vamos a tu casa? Estamos cerca. ¿En qué calle de Los Pinos era?

No se me ocurrió nada que pudiera inventar para disuadirlo de la idea y caminamos hacia allá. Estuve a punto de decirle que mi familia había decidido mudarse, que todas nuestras cosas estaban en cajones ya, pero la voz me salió tan

débil que no fue suficiente para llamar su atención. Él hablaba bastante, casi a los gritos, de cosas que le habían pasado en sus viajes o en el colegio o de cosas que pensaba hacer en el futuro. A veces me daba la impresión de que solo era capaz de escucharse a sí mismo. Por otra parte, yo continuaba siendo tan incapaz de conversar usando ese mismo estilo que llegué a admirarlo y, por supuesto, no quería decepcionarlo.

Toqué el timbre de la casa de los Irigoyen. Abrió mi abuela, vestida con ese uniforme de empleada que tampoco se quitaba cuando los patrones no estaban, como hacía, por ejemplo, la lavandera. Lo único que se me ocurrió hacer fue imitar un poco el tono de la voz de mi amigo y hacer las presentaciones:

—Ella es la Vivi —dije, como llamaban a mi abuela los Irigoyen—. Vivi, él es mi amigo, el joven Moncada.

Por un breve par de segundos la cara de mi abuela se ensombreció, como si una lágrima estuviese a punto de escapar de su mirada. Me arrepentí de lo que estaba haciendo y estuve a punto de decir la verdad, pero ella interrumpió la intención de mis impulsos:

—Buenas tardes, joven Rodrigo. Buenas tardes, joven Moncada —dijo, con el mismo tono, algo entre sumiso y excesivamente respetuoso, que usaba para dirigirse a sus jefes.

—Hola, Vivi —saludó el Moncada, haciéndose dueño de la situación—. ¿Tienes algo para comer? ¡Estoy muriéndome de hambre!

Pasamos al comedor de la familia. Nos sentamos en esas grandes sillas de madera cubiertas con suaves almohadones y esperamos.

—Muy linda tu casa, bro —me decía Moncada.

Todas las palabras se habían evaporado de mi boca. Mi abuela entró con dos platos del fettuccine Alfredo que había preparado para el almuerzo. Luego, nos alcanzó los cubiertos, los mismos que usaban los Irigoyen. Para los empleados había otros, más envejecidos, que quizás habían pertenecido antes a los dueños de casa o a sus padres.

—Sírvanse, jóvenes —dijo mi abuela y añadió, señalando a la campanita que usaban los Irigoyen en los almuerzos para llamarla cuando necesitaban algo—: Cualquier cosita me llaman nomás.

—¡Gracias, Vivi! —exclamó mi amigo.

—Gracias —repetí yo, en un murmullo, la voz como buscando esconderse.

Cuando terminamos de comer, el Moncada eructó y tomó la campanita. La hizo sonar con mucho aspaviento. Mi abuela vino al comedor.

—Vivi, ¿tienes Coca Colita? —pidió.

No sé si habrá sido el tono de su voz o porque sospechaba que, en realidad, el Moncada sabía la verdad de lo que estaba sucediendo: que era imposible que yo o mi familia —no solo por el tono moreno de mi piel castigado por los vaivenes de mi vida o por el sencillo hecho de que no poseía la variada ropa de marca que él lucía todo el tiempo— fuéramos los dueños de aquella casa, pero me dieron terribles ganas de golpearlo. Llegué a fabricar los puños, escondidos bajo el mantel, pero los deshice cuando recordé que toda aquella situación era culpa de mis propias mentiras.

Acabamos de beber la Coca Cola y me pidió que le mostrara mi cuarto. Subimos las gradas cubiertas por una alfombra mucho más suave y espesa que la de la sala de estar y lo conduje hacia el dormitorio de Sebastián. Allí, el Moncada se puso a husmear entre las pertenencias del hijo mayor del señor Irigoyen.

—¿Por qué nunca traes esto a la cancha? —me dijo, señalando un balón de rugby. Se sentó sobre la cama que yo mismo no me atrevía a tocar y se echó, mirando en el techo un póster de Nirvana.

—¡A mí también me gusta esa banda! —gritó—. ¿Por qué no me dijiste? ¡*Smells Like Teen Spirit!*

En ese momento recién me enteré de que existía algo que se llamaba Nirvana y que hacía música. Estuve a punto de decirlo, pero me mordí la lengua. Aunque fueron pocos los minutos en los que el Moncada estuvo curioseando en aquel cuarto, a mí me parecieron horas, ya quería que se marchara de aquella casa que no me pertenecería jamás.

Llevamos la pelota de rugby al jardín y la pateamos, nos la arrojamos. Finalmente, mi amigo se cansó y se fue, no sin antes pedir otro vaso de Coca Cola en lo que llegara el radiotaxi que había ordenado por teléfono. Su marcha fue un alivio. Corrí a lavar la pelota de rugby que se había ensuciado un poco con el verde del pasto, la dejé secando en la sala de estar, y salí de aquella casa huyendo como un ladrón. Solo tenía una certeza, que era un juramento a ese dolor en los nudillos de mis puños, ese dolor que pesaba tanto como una ausencia importante, casi como el hambre porque, al mismo tiempo, era la vergüenza: no volvería a buscar al Spiderman Moncada nunca más.

Sin tomar siquiera una chompa para abrigarme del frío nocturno, apenas vi que el radiotaxi se llevaba al Moncada, cerré la puerta y me puse a caminar por las calles de la Zona Sur. Atravesé la avenida Aguirre Achá hasta la calle 21,

llegué a la iglesia de San Miguel y decidí que esa rabia en el puño todavía no se disipaba, así que continué caminando, veloz, como si estuviera reprimiendo el trote apenas. Así, sin darme mucha cuenta, alcancé el límite entre el Sur y el inicio del Centro de La Paz, la calle 2 de Obrajes. La rabia dio lugar al cansancio, pero la vergüenza hacia mí mismo no se iba. Retorné.

Eran las once de la noche cuando toqué el timbre de la casa de los Irigoyen. El policía de la cuadra sacó la cabeza de su caseta para ver quién caminaba por esos rumbos a esa hora y la volvió a meter cuando escuchó la voz de mi abuela:

—Hijo, ¿qué ha pasado? ¿Dónde estabas?

No respondí. Tampoco era capaz de verla a la cara. Ella siempre parecía comprenderlo todo. Atravesamos en silencio el patio. De fondo, como el telón caído del escenario de algún teatro gigantesco, nos vigilaba la presencia de esa mansión oscurecida. Bajamos las gradas con rumbo al cuarto de la empleada, nuestro verdadero hogar. Me lavé la cara, los dientes, me puse esas ropas viejas que hacían de pijama y me eché sobre mi colchón en el suelo. Apagamos la luz. Como siempre que estábamos acostados en esa profunda noche, mi abuela empezó a hablar.

—Yo tenía un tío —dijo, otra vez me repetía aquella historia—, el tío Manuel, que, cuando se murió, todos sabían que había fallecido menos yo. Y nadie me decía. Y por eso yo lo buscaba, hasta gritando su nombre. ¡Cuántas veces habré visto el ataúd en el que estaba mi tío sin saber que estaba ahí, tan cerca! Pero nadie quería decirme nada. Era chiquita también. Qué va a entender esta imilla, seguro decían. A los niños no hay que hablarles de los difuntos, seguro

pensaban. Años después recién me he enterado de que se había muerto ese día. Y todos actuaban, como en un teatro, para que yo no supiera.

El tío Manuel era una de las pocas personas que, en su pueblo, no maltrataba a esa niña que no era querida ni por su padrastro ni por su propia madre y que, cansada de esa situación, a sus catorce años escapó de casa para trabajar en la hacienda de Ocobaya, primero, y luego en la ciudad como empleada doméstica hasta su vejez. Incontables veces me había contado esa historia, pero era la primera vez, en el día de aquella patética actuación mía para agradecer al Spiderman Moncada, que su voz me conmovía tanto que me provocaba llorar. *Como en un teatro.*

No quería que se diera cuenta de lo que me pasaba, pero también sentía la necesidad de decirle un par de palabras:

—Perdón por lo que hice, abuelita. Hoy ha sido un día malo.

—No ha pasado nada, hijo —rio divertida y me dio un beso en mi adolescente cabeza luego de desbaratarme los cabellos con su mano—. A veces es bueno ponerse a soñar, aunque estando despierto. Eso hago yo siempre cuando te cuento cosas. ¿Qué va a querer para desayunar el nuevo joven Irigoyen?

Las lágrimas de la vergüenza se secaron pronto. Sonreí. Contesté:

—Lo que la nueva señora Viviana Irigoyen quiera cocinar estará bien.

Ambos sabíamos que, al día siguiente, almorzaríamos en el comedor del servicio usando la vajilla vieja, la que nos correspondía. La oscuridad en aquel cuarto era espesa, casi se la podía agarrar con las manos. Esperé el suave ronquido de mi abuela, pero lo único que sucedió fue el habitual sonido de las cañerías que, durante un par de minutos, sonaban puntualmente cada hora.

—¿Qué hora será, no, en Estados Unidos? —preguntó ella, cuando las cañerías enmudecieron.

—No sé, no sé.

—La nena Lucía ahorita está allá, en Disney.

—¡Pero nosotros también!

Esperé que sonriera por el chiste que creí haber contado, pero de pronto el silencio absoluto era más pesado que la oscuridad.